

DICTADORES Y DICTADURAS EN HISPANOAMERICA

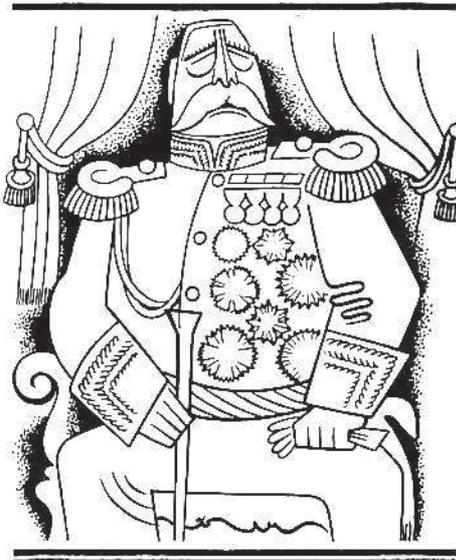
John Lynch

JOHN LYNCH

Sociólogo británico. Profesor de Historia de América. Universidad de Londres.

Una de las tareas más difíciles del historiador de América Latina es la de explicar la tendencia hacia el caudillismo y la dictadura. Cómo podríamos explicar el origen, la evolución y la permanencia del fenómeno? Definirlo no es tan difícil. El caudillo es conocido de perfil por historiadores y politólogos, aunque quedan oscuras algunas de sus características. El caudillo fue un jefe regional, que derivaba su poder del control que ejercía sobre los recursos locales, especialmente de las haciendas, las cuales le daban acceso a hombres y abastecimientos. El caudillismo clásico tomó la forma de clientelazgos armados, unidos por lazos personales de dominio y sumisión, y por un deseo común de obtener riquezas a través del uso de las armas. El dominio del caudillo podía crecer de su ámbito puramente local a un nivel nacional. En estos casos, también, el poder supremo fue personal y no institucional; la competencia por cargos y recursos fue violenta y raramente sus adquisiciones fueron permanentes.

Esta interpretación estructural, suministrada por la ciencia social, es útil sino estática y carece un sentido de cronología y el realismo proveído por la prosopografía. Tampoco tiene en cuenta las distintas etapas del caudillismo desde los jefes a caballo del siglo XIX a los dictadores modernos del siglo XX, o la supervivencia de influencias caudillistas a través de toda esta experiencia. No estoy seguro de poder re-



solver estos problemas en una sola conferencia pero eso es mi objetivo.

La primera pregunta fundamental concierne a los orígenes del caudillismo. Cuándo y dónde nació el fenómeno? La historiografía moderna tiene tendencia a atribuir todo lo malo de América Latina a la herencia colonial y a culpar al imperio español por cualquier factor negativo que sea en la experiencia post-independencia de las nuevas naciones. El caudillismo no es una excepción. Varios historiadores subrayan lo que llaman la militarización de las instituciones y de la sociedad en las últimas décadas de la colonia; indican los antecedentes militares de muchos virreyes, la extensión del fuero militar, la primacía de prioridades militares. El argumento no me convence. En primer lugar el caudillismo

no es igual al militarismo. En cualquier caso, la colonia no propició el caudillismo. El imperio español fue gobernado por una burocracia anónima, y si bien el personalismo haya sido importante para el patrocinio y el favoritismo, tenía poca importancia en el gobierno o en la política coloniales, ambos fueron sumamente institucionalizados. Es cierto que varios virreyes e intendentes habían sido militares, pero otros eran graduados y letrados, y en cualquier caso el oficio de virrey e intendente fue un oficio civil, controlado muy atentamente por la corona y por otras instituciones.

Sin embargo podemos identificar algunos rasgos del caudillismo al final de la época colonial, si no en las instituciones por lo menos en las condiciones socioeconómicas en las cuales el caudillismo tenía sus raíces. Al margen de la sociedad colonial ya habían hecho su aparición el prototipo de caudillo. En Venezuela la concentración de tierras dio por resultado la formación de grandes hatos cuyos dueños hacían valer sus derechos de propiedad privada. Los usos comunes en los llanos y el acceso tradicional al ganado salvaje del monte desaparecieron con el establecimiento de haciendas. La marginación de los llaneros los obligaron a tomar medidas de defensa propia. Muchos se agruparon en bandas bajo el control de caciques para vivir en la violencia y del pillaje. Así tanto en Venezuela como en la Argentina las fronteras de la vida rural cayeron bajo la influencia de bandidos, y algunas regiones se caracterizaban por un estado perma-

nente de rebelión. Esta fue la situación observada por Alejandro de Humboldt en su viaje a Venezuela en los años alrededor de 1800. Sin embargo, si bien fuesen una ofensa a la ley y al orden colonial, los jefes bandidos no operaban más allá de su localidad; tampoco constituyeron una amenaza política.

El caudillo fue un producto de las guerras de independencia, cuando el estado colonial fue desmantelado, sus instituciones destruidas, y en momentos en que diferentes grupos sociales competían por llenar el vacío. Tradicionalmente comenzaba su carrera sin convicciones políticas claras, pero después de 1810 hubo una progresión de llaneros o gauchos, a vagabundo, a bandido, a guerrillero, en la medida que los terratenientes o los nuevos jefes reclutaban partidarios. Si bien las bandas podían ser enlistadas al servicio de diversas causas políticas, los factores que subyacían eran las condiciones rurales y el liderazgo personal. El campo fue muy pronto empobrecido por la destrucción, y sus habitantes arruinados por los impuestos de guerra y el saqueo. En cuanto a la economía alcanzaba un punto crítico, los hombres se veían forzados a unirse a bandas bajo el liderazgo de un jefe que les prometía un rápido y fácil botín.

Así, el banditismo fue un producto de la tensión que existía en las zonas rurales y, muy pronto, una causa de la misma. En los tempranos años de la guerra el instinto de sobrevivencia fue más fuerte que la ideología. Sin embargo, gradualmente el caudillo se convirtió en jefe de guerra. Las fuerzas que ellos dirigían no eran ejércitos profesionales ni ellos eran soldados de carrera; los nuevos ejércitos se constituían sobre la base de un sistema informal de obediencia que combinaba los diversos intereses reunidos y representados por el jefe. En tiempos de guerra es normal la búsqueda de un poder ejecutivo fuerte. Por esta misma razón, el caudillismo fue perpetuado por los conflictos de la post-guerra, entre unitarios y federales en Argentina,

entre caudillos rivales o grupos de caudillos en Venezuela, o entre liberales y conservadores en Nueva Granada, o entre grupos de intereses regionales en América Central.

El caudillo como guerrero no agotaba la tipología del caudillismo. El caudillo también respondía a diferentes tipos de grupos de presión civiles. En algunos casos, era el representante de grandes élites unidas por lazos de parentesco; este fue el papel de Martín Güemes, criatura de un poderoso grupo de estancieros de Salta, Argentina, controlada y dirigida por ellos, sin una base de poder personal que ese extendiera más allá del sistema de parentesco. Más comúnmente, sin embargo, el caudillo representaba intereses regionales. En los casos de Nueva Granada, Argentina, y América Central, el caudillo defendía los intereses económicos regionales contra las políticas diseñadas por el centro. En la medida que el centro o la capital empleaba la fuerza, las regiones podían entregar su defensa a un jefe local fuerte. Muchos caudillos -todos estos países nos entregan buenos ejemplos- fueron locales hasta el momento que alcanzaron prominencia nacional, federales que se convirtieron en unitarios. A escala nacional, un golpe exitoso podía entregar recompensas espectaculares.

En este punto emerge una nueva imagen del caudillo -el caudillo como benefactor, como distribuidor de patronazgo. Los caudillos podían atraer su clientela prometiendo a sus seguidores cargos y otros beneficios cuando tomaran el poder. Los clientes se sumaban a la empresa de un patrón prometedor, esperando contar con sus favores y preferencia una vez que su empresa concluyera. En cuanto se veía cómo mucho más seguro aceptar las promesas personales de un caudillo que el ofrecimiento anónimo de una institución, las necesidades mutuas de patrones y clientes se convirtieron en uno de los pilares fundamentales del caudillismo en las nuevas repúblicas. La recompensa más preciada era

la entrega de tierras, y un caudillo era nadie si no podía adquirir las o distribuir las.

La relación de patrón y cliente fue el lazo esencial entre los caudillos y los sectores populares. El terrateniente quería mano de obra, lealtad, y servicio en paz y guerra. El peón quería subsistencia y seguridad. Así, el hacendado fue un protector, siendo poseedor del poder suficiente para defender sus dependientes contra las bandas intrusas, los sargentos de reclutamiento, y hordas rivales. También fue un proveedor, que desarrollaba y defendía los recursos locales, y podría dar empleo, alimento y asilo. Al proveer lo que se necesitaba y explotar lo que ofrecía, el hacendado reclutó una peonada. Esta primitiva estructura política, basada en el poder institucional, desarrollada por lealtades personales, fortalecida por la autoridad del patrón y la dependencia del peón, fue finalmente incorporada al estado y llegó a ser el modelo del caudillismo. Porque las alianzas individuales fueron amplificadas dentro de la pirámide social, cuando los patrones a su vez llegaron a ser clientes de hombres más poderosos, hasta que el punto más alto del poder era alcanzado y todos llegaban a ser clientes de un super-patrón. Así, un caudillo local desde su base rural, apoyado por sus hacendados clientes y sus dependientes, podía conquistar el estado, para sí mismo, su familia, y su región. Luego, como representante de un grupo, o una clase, o una provincia, reproduciría el personalismo y paternalismo en que había sido preparado.

2

¿ Quiénes eran los caudillos? ¿ Quiénes eran los guerrilleros? Cuando, el 11 de enero de 1813, Santiago Mariño encabezó una pequeña expedición, la famosa 'cuarenta y cinco', de Trinidad a Güiría, para luchar por una Venezuela libre, condujo a la banda de su hacienda como un verdadero caudillo, para operar en un territorio donde tenía propiedad, parientes, y dependien-



JOSE ANTONIO PAEZ, caudillo venezolano.

tes. Mariño no era un bandido social. Vino de la élite colonial e intentó movilizar fuerzas sociales, no cambiarlas. Lo mismo es verdad para muchos otros caudillos tales como los de la familia Monagas. Ellos que lograron ascender la escala social fueron las excepciones. José Antonio Páez era el caudillo perfecto, el modelo contra el cual fueron juzgados los otros. Por modesto que hubieran sido sus orígenes, no vino del margen de la sociedad. Aunque era racialmente pardo, socialmente era blanco. Se preparó para el liderazgo aprendiendo la vida llanera por el camino duro en una hacienda, y logró más éxito que los otros en el pillaje, la lucha y la matanza.

Los orígenes y carreras de los caudillos argentinos fueron más homogéneos que aquellos de los prototipos venezolanos. En la mayoría de los casos procedieron de familias que habían sido ricas y poderosas desde los tiempos coloniales, la mayoría de ellos propietarios de tierras, y muchos de ellos tuvieron oficios militares. Los caudillos mantuvieron esta herencia para sí mismos. Entre los dieciocho caudillos que gobernaban en las diversas provincias de Argentina desde 1810 hasta 1870, trece fueron terratenientes importantes, uno tenía propiedad de tierras de exten-

sión media, otro era el propietario de un astillero. Todos tenían oficios militares, o en el ejército o en la milicia; y de los doce que tenían bastante edad para luchar en las guerras de la independencia, nueve lo habían hecho. La riqueza fue una calificación intrínseca. Quince del grupo fueron muy ricos, dos de riqueza media. Virtualmente todos tenían un cierto grado de educación, aunque sus expectativas políticas no fueron buenas; nueve murieron violentamente, tres en el exilio. Había poca evidencia de movilidad social en estas carreras. Según el criterio de la riqueza, solo dos de los dieciocho caudillos (Estanislao López y Félix Aldao) mostraron algunas señales de ascenso, desde media hasta gran riqueza. Los demás continuaron con las tradiciones de sus familias en la riqueza y el prestigio, y simplemente añadieron algo a su patrimonio. El camino profesional que seguían tenía indicadores de dirección familiar, desde hacendado, por vía del ejército, a caudillo.

En México las carreras de los caudillos siguieron el mismo modelo. Santa Anna fue el caudillo arquetipo, a la vez militar con una clientela significativa en el ejército, y hacendado con una base de poder territorial en su propiedad en Veracruz. Los caudillos centroamericanos fueron del mismo tipo. En gran parte de la región sobrevivió la estructura agraria colonial, un mundo de élites locales, haciendas y minifundios. El poder se lo disputaba entre varias familias encabezadas por caudillos que usaban a sus peones como ejércitos y preservaban su propio espacio. En Nicaragua, por ejemplo, eran ellos y no los funcionarios del gobierno los que mandaban. Guatemala, en cambio, fue una excepción, un caso especial que voy a discutir luego.

3

El caudillo como guerrero, jefe regional, hacendado y patrón, son roles obvios que han tendido a oscurecer su función social al servicio de las élites republicanas.

Las guerras de la independencia habían sido las escenas de una quiebra del control social, cuando surgieron varios caudillos que intentaron explotar a las fuerzas populares, y que enseñaron una lección al militarizar y exponer a la política a los sectores populares: los caudillos demostraron que fueron ellos que podían movilizar o controlar a las clases populares. Sin embargo, para las masas, la consolidación de la independencia no fue sino una regresión. La movilización política concluyó con el término de la guerra. La movilidad social fue congelada por los perjuicios de la élite y la pobreza de los sectores populares. Ante la ausencia de medios legítimos para ascender socialmente, algunos recurrieron a la protesta y a la rebelión.

¿Cómo se contuvo entonces la amenaza de una guerra de razas o de rebeliones populares? Primeramente, en las varias constituciones de la época, la élite criolla definió la nación política lo más estrecho que pudieron y efectivamente privaron de sus derechos políticos a los grupos populares. Las constituciones por sí solas, sin embargo, no podían garantizar ni el orden ni la tranquilidad. El activismo de los pardos y la insubordinación de las masas, tanto en Argentina como en Venezuela, requería control y supervisión y urgía la presencia de un poder que no proveían las instituciones. Esta fue una de las funciones del caudillismo. La clase gobernante venezolana y argentina vio a José Antonio Páez y Juan Manuel de Rosas, caudillos por temperamento y profesión, líderes militares que tenían sus bases de poder en los llanos y las pampas pero que no eran instrumentos de los llaneros ni de los gauchos como los sujetos más apropiados para llenar el rol de hombre fuerte, el 'gendarme necesario', como dirá Valenilla Lanz. Las élites necesitaban a Rosas y Páez porque ellos eran unos de los pocos jefes que contaban con cierta influencia entre los gauchos y los llaneros, y virtualmente los únicos líderes en sus respectivos países que podían controlar a las clases populares. Rosas ya fue un gran terrateniente y de ori-

genes patricios puros. En el caso de Páez, después de la guerra él se había convertido en un miembro de la élite en la medida que, gracias a su carrera y rango, se convirtió en un gran terrateniente. Sus propiedades no se limitaban a los llanos sino se extendían hacia el centro-norte, la patria de la oligarquía tradicional. Aunque el mismo había ascendido a través del espectro social, Páez gobernó con la élite para la élite.

Contaban los caudillos como Páez o Rosas con una base amplia de seguidores entre los grupos populares? Fueron auténticos 'populistas'? En Venezuela Páez había usado la tierra como un medio de movilización en las primeras campañas militares y había ofrecido tierra a sus tropas. Pero después de la guerra Páez demostró estar más interesado en sus propias adquisiciones que en las de sus hombres. La mayor parte de los soldados se vieron defraudados en su derecho a la tierra. Teniendo en cuenta estos hechos, es justo concluir que Páez manipuló a los grupos populares y les dio solo una ilusión de participación, sin haber alterado fundamentalmente su posición en la estructura social.

Rosas no fue un caudillo populista; identificarse culturalmente con los gauchos y los sectores populares no era lo mismo que movilizarlos como una fuerza social. En primera instancia el núcleo de las fuerzas de Rosas lo constituyeron sus propios peones y dependientes, que lo seguían en la guerra así como trabajaban por él en tiempos de paz. Gauchos indios, delincuentes, quienquiera que sea, los peones de Rosas eran sus empleados más que sus seguidores, sus clientes y no sus aliados. En aquellas ocasiones que lo requerían, Rosas convocaba a los gauchos del campo y a las tumultas de la ciudad. Pero estas fuerzas permanecían movilizadas por el período que Rosas las necesitaba. Una vez que el caudillo tomó posesión del aparato del estado y logró controlar a la burocracia, la policía, mazorca, y por sobre todo al ejército regular, ya no necesitó más

ni quiso el apoyo de las fuerzas populares rurales. Respecto a las milicias, la estructura rígida de la hacienda había sido transplantada al ejército miliciano: los estancieros eran los comandantes, los mayordomos sus oficiales y los peones las tropas. Así que los peones de campo no entraron en relación directa con Rosas porque eran molivizados por sus respectivos patrones; el caudillo no recibía el apoyo de las hordas de gauchos libres sino de los estancieros aliados que encabezaban a sus peones-conscriptos. De esta manera se incorporó al servicio de la élite a extensos sectores socialmente peligrosos.

El régimen caudillista, en consecuencia, no benefició a los sectores populares, mientras los caudillos establecieron los límites del cambio social, encabezando una coalición de fuerzas elitistas y representando a aquellos que se oponían a las refor-



JUAN MANUEL DE ROSAS, caudillo argentino.

mas estructurales. Pero los caudillos no fueron meros agentes de la oligarquía. En la medida que eran indispensables para esta, adquirieron un grado de poder e influencia que les permitía actuar con soberanía e independencia. Después de todo, en sus roles de hacendados y patrones, los caudillos tenían una base de poder directa que era, usualmente, más fuerte que cual-

quiera de los componentes de la coalición. Para establecer estos puntos he empleado los casos de la Argentina y Venezuela. Pero estos no son los únicos modelos del caudillismo en hispanoamérica. Hay otra pregunta: cómo actuaría un caudillo en una sociedad que tenía una sólida masa india? Para este modelo del caudillo tenemos que considerar el caso de Guatemala.

4

En Guatemala la historia del tema comienza con los liberales, quienes, en 1831, bajo el mando del Dr. Mariano Gálvez, impusieron un ambicioso programa de reformas liberales. Repartieron tierras a colonos extranjeros; se apoderaron de los fondos de la Iglesia y confiscaron las propiedades de las casas religiosas; acabaron con la recaudación obligatoria de los diezmos, eliminaron muchos días de fiesta de origen religioso. Claro que la Iglesia reaccionó, y parte de la hostilidad clerical al programa de los liberales coincidió con la de los indios. A ellos también les enfurecía la abolición de las festividades tradicionales y de celebraciones religiosas que formaban parte de su vida comunitaria. Ellos también alimentaban sospechas ante los proyectos de colonización extranjera. Pero quizá la reacción más seria vino causada por los cambios fiscales. Los liberales parecían ciegos ante las susceptibilidades del sector indio, y en 1836 establecieron una capitación directa de dos pesos por persona, causando un gran descontento popular. Y el resentimiento indio se vio agravado por exigencias crecientes de trabajos forzados en construcción de caminos y en otras obras públicas. Y finalmente apareció un nuevo agravio.

A comienzos de 1837 se desató una terrible epidemia de cólera que afectó especialmente a las masas indias de las zonas altas de Guatemala. El gobierno trató de establecer una cuarentena efectiva, envió médicos a los pueblos y tomó otras medidas preventivas. Pero los curas afirma-

ban que se trataba de un castigo divino a Guatemala y extendieron el rumor de que los funcionarios del gobierno estaban envenenando a la gente común como parte de la política de exterminio de los nativos para preparar la repoblación del país con herejes extranjeros. La respuesta india fue dramática. Presas del miedo y el pánico, ellos y los mestizos de las mesetas altas se alzaron en armas e integraron en un solo movimiento todos sus agravios contra el gobierno liberal.

La rebelión de 1837 no consistió simplemente en una respuesta ciega de campesinos enfurecidos, y no lo fue por una serie de razones. En primer lugar, el liderazgo fue decisivo. Rafael Carrera, un caudillo mestizo, combinaba los valores tradicionales con cualidades populares de un modo que conectaba con las raíces más profundas del movimiento. En las montañas de Mita demostró una clara habilidad para librar una guerra de guerrillas sin cuartel y con una ferocidad excepcional, interrumpiendo el comercio, cortando las comunicaciones y echando abajo la autoridad de los oficiales locales. En segundo lugar, Carrera logró explotar el argumento de que un gobierno corrupto y antipatriótico estaba entregando tierras públicas a extranjeras, dejando sin tierras ni sustento a los pobres indios y mestizos. Incluso se llegó a insinuar que la religión católica estaba condenada a la extinción por una conspiración entre Gálvez y los extranjeros. Así se invocó al catolicismo, a los intereses de grupos determinados y a sentimientos nacionalistas en un notable despliegue de tradicionalismo popular que permitió a los caudillos conservadores formar una coalición de carácter populista contra federalistas y liberales.

De este modo el movimiento rebelde en la montaña, que comenzó como un alzamiento local en el este de Guatemala durante el verano de 1837, evolucionó hasta convertirse en una revuelta generalizada contra el gobierno de Gálvez. Pero nunca abandonó su base popular. En su ataque a

Ciudad de Guatemala, Carrera utilizó deliberadamente a sus hordas indias como instrumento de terror antiliberal, lanzando a unos 4,000 guerrilleros, borrachos y exultantes, que gritaban 'que viva la religión y mueran los extranjeros' al tiempo que lo destrozaban y saqueaban todo, hasta que, cuatro días después, Carrera los sacó de allí. Una vez que la capital comenzó a ser atacada, Gálvez dimitió a principios de 1838, y Guatemala empezó a buscar un futuro fuera de la federación liberal.

El triunfo de Carrera y la restauración conservadora de 1840-70 pudieron haber perpetuado las estructuras tradicionales, pero también se ajustaban a intereses sociales básicos, populares tanto como oligárquicos. Pero se trataba de una confrontación de valores tanto como de intereses. Contra la utopía del progreso, la libertad y la igualdad prometida por los liberales, los conservadores preservaban un mundo conocido y comprensible en el que los curas estaban en los pueblos, los terratenientes en sus haciendas, los indios en sus comunidades. Este, y no los modelos europeos de desarrollo, era el destino de Centroamérica. Los que no pertenecían a los sectores tradicionales aún esperaban ser representados. Sería a ellos a quienes los liberales realizarían un llamamiento en la década de 1870-80.

Tal fue el contexto político en que actuaba el caudillo Carrera en Guatemala. La Iglesia y los indios recuperaron posiciones, y Carrera encabezó una dictadura personal hasta su muerte, en 1865, basada en el apoyo de la élite mercantil, el clero y las masas indias. Carrera ejerció un poder absoluto pero no despótico, y si su gobierno era conservador, también era popular. El mismo era medio indio y conservaba raíces personales y políticas en la comunidad india. Respetaba las culturas, tradiciones y recursos nativos, y tras una década de política liberal consideraba que su deber principal era permitir que la gente volviera a sus costumbres, sus usos y su particular manera de vivir. En pos de dicho objetivo

reconoció los ejidos, protegió las tierras indias e incluso devolvió algunas a sus comunidades; anuló también la capitación y otros impuestos que recaían sobre los indios y redujo los impuestos sobre alimentos. Y más aún, algunos indios y mestizos fueron incorporados al gobierno ocupando cargos como la vicepresidencia, ministerios, gobernaduras y altas posiciones en el ejército, rompiendo así el monopolio político blanco característico del primer régimen liberal.

Cómo se explica este modelo político? Cómo se explica el caudillismo popular? En primer lugar, los indios no fueron una minoría débil. En una población total de tres cuartos de un millón, los indios constituían dos terceras partes de los habitantes, y solo por la cantidad ya eran una importante base de poder. En segundo lugar, estos sectores populares no fueron amenazados por un crecimiento económico ni por una agricultura de exportación. En este sentido el caudillismo conservador correspondió a las condiciones económicas imperantes. Proteger a los indios, sus tierras y su producción suponía defender una economía agraria casi de subsistencia y hasta cierto punto semiautárquica. Eso tenía sentido en Guatemala a mediados de siglo, porque las condiciones económicas no eran favorables, y la exportación de cochinilla generó en estos años poco más que una moderada prosperidad. Claro que Carrera tenía que incluir a los fabricantes y comerciantes de elite en sus planes políticos, pues no gobernaba un país enteramente indio, y en cualquier caso, necesitaba los ingresos que le proporcionaban los aranceles aduaneros. Así pues, la élite fue autorizada a cultivar y a comerciar con cochinilla en el valle central de Guatemala, pero no se le permitió aumentar sus posesiones. Aunque el trabajo obligatorio de los indios no fue abolido en tiempos de Carrera, las exigencias laborales de la producción de cochinilla no eran excesivas y no inquietaban a las comunidades indias. El comercio fue restringido y los comerciantes extranjeros fueron claramente desalenta-

dos. Así, aunque Guatemala no podía ignorar al mercado mundial, preservó su autonomía y su cultura.

En conclusión, los tres casos de la Argentina, Venezuela y Guatemala demuestran que el caudillo ejerce su poder por medio de una alianza de grupos de intereses, en la cual los sectores populares juegan un papel mayor o menor según el equilibrio político en la sociedad. Los caudillos respondían a condiciones determinadas, pero al mismo tiempo eran influidos por sus propias prioridades y opciones.

5

Hasta ahora he descrito un tipo de caudillismo que puede llamarse el caudillismo primitivo, un fenómeno característico de la primera mitad del siglo XIX, cuando las economías de América Latina no habían salido del estancamiento, las sociedades eran todavía dominadas por hacendados y militares, y caudillos como Santa Anna, Rosas y Páez gobernaba sus países como si fuesen haciendas extendidas. En los años después de 1870, sin embargo, América Latina experimentó una gran expansión económica. La inversión extranjera en la agricultura y la minería fomentó el desarrollo de los recursos naturales de la región y ayudó las exportaciones. Muchas economías modernizaron y comercializaron la producción, y mejoraron toda la infraestructura: instalaciones portuarias, comunicaciones marítimas, telégrafos, líneas ferroviarias y caminos para activar la exportación de productos y materias primas. El crecimiento económico y la incorporación de América Latina en el mercado mundial fueron acompañados y estimulados por nuevas olas de inmigrantes europeos, sobre todo en la Argentina y el Brasil, que simultáneamente aumentaron la mano de obra y los consumidores. Estos eventos fomentaron también el cambio social. Acentuaron la urbanización. Dieron lugar a nuevos grupos sociales, ni terratenientes ni campesinos, sino gente que, directa o indi-

rectamente, dependían del comercio, la producción y la tecnología moderna. Ya surgieron las clases medias de América Latina.

Estamos hablando, entonces, de condiciones económicas y sociales en las cuales el caudillismo primitivo no podía sobrevivir. En primer lugar los caudillos fueron obstáculos al desarrollo. Las inversiones extranjeras, sobre las cuales dependía el nuevo modelo de crecimiento, necesitaban una cantidad mínima de estabilidad política y de continuidad política para garantizar sus ganancias y remesas. En segundo lugar el desarrollo y la diversificación de la economía dieron lugar a nuevos grupos de presión, mucho más poderosos que los conocidos a los caudillos. En tercer lugar, los nuevos inmigrantes, en muchos casos refugiados de persecución política, buscaban regímenes más o menos constitucionales, libres de caudillos arbitrarios. Al mismo tiempo los nuevos estados, frutos de crecimiento económico y dueños de mayores recursos financieros derivados o de ingresos fiscales o de empréstitos extranjeros, no podían tolerar la existencia de rivales políticos de tipo caudillista. El estado ya tenía un ejército profesional, armas modernas superiores a las posibilidades de un caudillo, y ferrocarriles capaces de llevar su autoridad a los lugares más remotos de la república. Tenía el estado también una nueva ideología.

El positivismo brindó a los estados modernos de América Latina una teoría de estructura y cambio sociales, de la cual podía sacarse un sistema de planificación social. El marco político de este sistema fue un dictador, basado en el consentimiento popular, gobernando de por vida con la ayuda de una élite tecnocrática, y promoviendo el progreso económico dentro de una sociedad disciplinada. El positivismo tuvo una inmediata acogida entre los que buscaban explicar el atraso político y económico de América Latina y que aprobaron su promesa de renovación y modernización. A las élites y tecnócratas gubernativas suminis-

tró legitimidad para el modelo económico vigente y su marco autoritario. A las clases medias fue una mezcla alentadora de reformismo y conservadurismo, prometiendo progreso material sin amenazar la estructura social.

La presión de las cambiantes condiciones y influencia de la nueva ideología fueron el contexto en el que surgió el nuevo dictador, el dictador de orden y progreso. El nuevo dictador fue muchas veces un caudillo de procedencia, como Guzmán Blanco en Venezuela, y como los caudillos podía llamarse presidente y coexistir con una constitución legal. Pero ya no fue caudillo por función. Si bien las nuevas dictaduras manifestaban algunas características caudillescas el personalismo, el uso de violencia, el patronazgo se caracterizaban también por dos rasgos distintivos: primero, el dictador funcionaba con un sistema de gobierno más y más centralizado; segundo, tenía que manejar un equilibrio de fuerzas sociales muy distinto que anteriormente. El nuevo dictador operaba como el agente de una alianza política mucho más complejo que la alianza previa de hacendados y militares. Fue el representante de varios grupos de intereses vinculados a la economía de exportación, de terratenientes, comerciantes, banqueros, empresarios extranjeros, y burócratas clientelistas. Su recompensa ya no se derivó de puro saqueo de la economía, sino de trato con la alianza. A su vez el dictador funcionó como el gendarme de la alianza, el jefe del ejército y de la policía que neutralizó todas las amenazas a la coalición. La sanción detrás de las dictaduras, es cierto, fue todavía la violencia y el terrorismo estatal, pero el proceso político no fue tan crudo como antes. El caudillismo primitivo nunca había resuelto el problema de la sucesión. La única forma de sustituir a un caudillo fue por un golpe, con todas sus desventajas. Los dictadores de orden y progreso descubrieron una alternativa al golpe, el fraude electoral. Por eso muchos de los nuevos dictadores sobrevivieron políticamente por reelección frecuente.

El prototipo de esta escuela de dictador fue Porfirio Díaz, que gobernó México entre los años 1876 y 1911. Su slogan político *pan o palo* simboliza la función dual de su gobierno; la riqueza a los beneficiarios de la alianza, el uso de fuerza contra los que desafiaban el régimen. Así, mientras que los puertos fueron dragados, la industria creció, el comercio se aumentó y el capital extranjero invadió el país, se echaron los indios y campesinos de su propia tierra, y se llenaron por completo de cárceles de México. Los pueblos de América Central también sabían por amargas experiencias cómo gobernaban los dictadores de orden y progreso. Los gobiernos de Estrada Cabrera y Jorge Ubico en Guatemala, también los de José Santos Zelaya y Anastasio Somoza en Nicaragua eran ejemplos de estos tipos de dictaduras, aunque tenían tendencias más bien hacia orden que progreso, y se mantenían más tiempo que la edad clásica del fenómeno.

6

He trazado a grandes líneas dos épocas y dos tipos de dictaduras, el caudillismo primitivo y la dictadura de orden y progreso. Para completar la tipología voy a esbozar un tercer ejemplo, el dictador populista. Este también tuvo sus raíces en cambios económicos. La gran depresión de 1930 tuvo un impacto desastroso en América Latina: causó una fuerte reducción de las exportaciones y de la producción, condujo a una desocupación en masa, y suscitó una reacción nacionalista que fue tanto política como económica en su inspiración. Hubo un nuevo empuje hacia sistemas políticos alternativos y hacia el extremismo político. La nueva política no se conformó a un molde único: hubo una gran variedad de experimentación. Sin embargo en la mayor parte de América Latina la reacción de la izquierda fue acallada y las fuerzas de la derecha mantuvieron su control. En algunos países los regímenes radicales o reformistas fueron aplastados por movimientos de derecha que aducían



PORFIRIO DIAZ, dictador mexicano entre 1876 y 1911.

el reemplazo de la debilidad e incertidumbre por un gobierno fuerte con un verdadero sentido de orientación. En el Uruguay en 1933 el Presidente Dr. Gabriel Terra eliminó el poder ejecutivo colegiado establecido por Batlle y Ordóñez, disolvió el congreso y se instituyó en dictador. En Venezuela la Depresión no produjo un impacto perceptible en el régimen dictatorio de Juan Vicente Gómez o en sus métodos políticos. En la Argentina la revolución de 1930 que derrocó a Irigoyen, aunque contaba con cierto apoyo de los sectores afectados por los precios en aumento y la desocupación en masa, fue esencialmente un golpe militar conducido por las fuerzas conservadoras que implantaron una dictadura en unión con la clase estanciera.

Sin embargo, el estado derechista no fue el modelo típico de la reacción a la Depresión en América Latina. El caso del Brasil es más a propósito. En el Brasil la Depresión pareció producir una dictadura populista y las masas se volcaron en favor del hombre fuerte Getulio Vargas, en este caso esperando conseguir alivio inmediato a sus privaciones, mientras que él, por su parte, buscó una base política entre los trabajadores urbanos y las clases medias. Qué significa en este contexto el populis-

mo? El estado populista nació como una respuesta a la Depresión. En primer lugar, fue un estado intervencionista que pretendió defender la economía nacional contra presión externa y proteger los sectores más vulnerables contra los efectos sociales de la Depresión. Así, el populismo favoreció una política económica proteccionista, y estableció los primeros sistemas de seguridad social en América Latina. Al mismo tiempo fue un estado que buscó un consenso: su base política fue una alianza multi-clasista, y de modo característico el marco político del populismo fue una coalición de la clase media, los burócratas, y los trabajadores industriales. El estado populista no fue necesariamente una dictadura. En México el régimen del Presidente Cárdenas debe verse no solo como una extensión de la Revolución Mexicana sino también como un producto de la Depresión. El cambio político hacia el reformismo social y el nacionalismo económico del período 1934-40, bajo un presidente fuerte no muy desemejante de un dictador, fueron la reacción populista de México a las tensiones causadas por la Depresión.

Quizá el mejor ejemplo de una dictadura populista fue la de Perón en la Argentina. En su caso el modelo populista fue casi perfecto. Un líder carismático, un estado intervencionista, una política nacionalista, y una alianza multiclasista. Estos son los componentes clásicos de la dictadura populista. En último término, sin embargo, los dictadores populistas no podían escapar a sus orígenes militares o abandonar los intereses de las fuerzas armadas y sus aliados civiles. Tanto Perón como Vargas se vieron obligados a comprender esta realidad. A los trabajadores urbanos Perón ofreció salarios más altos, sindicatos nuevos, y más empleos en una industria creciente. Pero apoyó el peronismo no solo en las filas de la clase obrera sino también en el consentimiento de los militares nacionalistas y desarrollistas. Cuando, en 1955, los militares decidieron que la base rival de poder se había hecho un peligro a sus pro-

pios intereses, intervinieron para derribar el dictador.

América Central no experimentó ninguna dictadura populista, a menos que se considere el régimen de Arbenz en Guatemala como tal. Pero con Arbenz estamos en el período de la guerra fría y esta es otro escenario. En general, hasta la revolución de la década 1970, América Central se congeló en la dictadura de orden y progreso. Hay varios motivos de esta experiencia. La oligarquía centroamericana era una clase poderosa de terratenientes que controlaban toda la economía de la región y ejercía un despotismo político por medio de los dictadores. Es cierto que afrontaron desafíos muy graves en el siglo XX, sobre todo la rebelión de Sandino en Nicaragua y la revuelta campesina de 1932 en El Salvador. Hasta la década treinta los ejércitos de Centroamérica habían sido instituciones muy inferiores, mal preparados y armados. Ahora, con la ayuda de los Estados Unidos y la aprobación de la oligarquía, se crearon nuevos ejércitos en Centroamérica que aplastaron cualquier intento de rebelión popular y compartía el poder político con la oligarquía civil.

Esta combinación de poder oligárquico



JUAN DOMINGO PERON, argentino.

y dictadores militares terminó por cerrar completamente sistemas políticos ya sumamente exclusivistas. Algunos cambios no podía evitar la oligarquía. La producción del café dio lugar, hasta cierto punto, a la modernización y la aparición de una pequeña clase media, mientras que el crecimiento de la industria aumentó la importancia de la clase obrera. Pero estos nuevos grupos sociales fueron demasiado débiles como para constituir una base de poder populista. Por otra parte, para contener las presiones hacia la modernización, sobre todo las demandas de los nuevos grupos por la participación política, la dictadura militar se hizo cada vez más deforme e idiosincrática. En Nicaragua la lucha contra la modernización social y política consistió en una dictadura dinástica. Durante los últimos años del régimen somocista, la participación política quedó tan reducida que Nicaragua ni fue siquiera una república oligárquica, sino el territorio de una familia y su corte. Esta es la contribución de los Somoceros al laboratorio de la política. La dictadura hereditaria es el colmo del proceso, y contiene cierta lógica.

7

Para terminar, quisiera subrayar que la historia de las dictaduras no es la historia entera de América Latina. También hay una historia de gobierno constitucional, de la república conservadora en la Argentina, del gobierno presidencial en Chile, del estado de partido único en México, de la democracia social en Costa Rica. Actualmente, como sistema de gobierno, el dictador ha pasado de moda en América Latina, y la mayoría de los países tienen gobiernos más o menos democráticos. Sin embargo, el caudillismo tiene hondas raíces en la cultura política de los latinoamericanos. A través del caudillismo primitivo, la dictadura de orden y progreso, y la dictadura populista, la tradición caudillesca ha dejado una huella indeleble en el proceso político.

En primer lugar, el personalismo, la importancia de lealtades personalizadas, son cosas que hacen funcionar tanto el sistema democrático como el caudillismo. Solía decir O'Leary, edecán de Bolívar, que tomado en cuenta la historia constitucional de Venezuela durante la colonia y el período independentista; no puede sorprender que los hombres fuesen todo y las instituciones nada. Todavía es considerado como mucho más seguro aceptar una promesa personal de un jefe político que una anónima garantía de un burócrata o un legislador. El personalismo entonces es algo aprendido por la experiencia, y es una herencia del caudillismo.

En segundo lugar, la relación entre patrón y cliente, expresada en la época de los caudillos en su forma primitiva de patrón-peón, es un elemento esencial del sistema democrático latinoamericano. En la Argentina, en la época post-caudillista, la palabra perduró para describir no un jefe a caballo sino un cacique político: ahora el caudillo es un hombre que puede reunir votos en un barrio, una ciudad o una región y entregarlos al partido. Los nuevos caudillos políticos manipulan los mismos valores y emplean los mismos métodos que los caudillos de años atrás, eso es decir el personalismo y el patronazgo. Sin el vínculo personal entre patrón y cliente los partidos políticos no podrían funcionar. El jefe político necesita una clientela, y gana sus votos no por declaraciones generales al electorado sino por promesas específicas a clientes. En algunos casos estos clientes son individuos, y el sistema da lugar a la corrupción. En otros casos el cliente es un grupo de intereses creados, una empresa, un sector social, una cierta región, y el patronazgo político es una forma de satisfacer a los grupos corporativos de un país. El sistema de patronazgo es inherente a partidos políticos como los peronistas en la Argentina y los adecos en Venezuela, y significa que los partidos suelen ganar el poder no a base de una ideología clara o una política fija, sino por medio de la distribución de premios al estilo de los caudillos. Los caudillos

pueden estar muertos, pero los valores caudillistas perduran.

BIBLIOGRAFIA

Leslie Bethell, ed., *The Cambridge History of Latin America*.
Volume III (Cambridge, 1985).

D.A. Brading, ed., *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana* (México, 1985).

Rafael Carrera, *Memorias 1837- 1840* (Guatemala, 1979).

Michael L. Conniff, ed., *Latin American Populism in Comparative Perspective* (Albuquerque, 1982).

Manuel Coronado Aguilar, *Apuntes Histórico- Guatemalenses*
(Guatemala, 1975).

